

UNA EDICION DE OBRAS SELECTAS DE CLARIN

No hace, aun, demasiado tiempo, publicábamos, en esta misma revista, una nota en la que, a propósito de unas narraciones de *Clarín* publicadas en la Argentina, nos lamentábamos de la falta de ediciones modernas de este escritor asturiano (1).

La aparición de un lujoso volumen de *Obras selectas*, de Leopoldo Alás (2) nos proporciona ahora la satisfacción de comprobar cómo se inicia un acercamiento a uno de los escritores del pasado siglo más injustamente olvidados.

Es lástima que las condiciones de la citada edición antológica la hagan inasequible a una amplia masa de lectores. Aunque, por otra parte, el tono minoritario, refinado, que caracteriza la obra creacional de *Clarín* parece exigir el buen gusto y el lujo que distinguen a la actual edición.

Alas, probablemente, no fué ni llegará nunca a ser un escritor popular—salvo con alguno de sus cuentos, como *¡Adios, Cordera!*, excesivamente popularizado—ya que la densidad ideológica y la exquisita lentitud de su prosa la hacen poco accesible, para esa clase de lectores que solo buscan en la novela, lo truculentamente argumental o lo desafortadamente polémico.

Clarín, que fué hombre apasionado y de intensa vida interior, vertió sus inquietudes todas en las obras de creación, que superan a las de crítica, contra lo que se ha venido creyendo rutinariamente. Por eso, el amplio espacio concedido en la actual edición antológica a las obras creacionales, en contraste con el más reducido, reservado a la obra crítica, nos parece un acierto, ya que si lo que pre-

(1) Vid. *Revista de la Universidad de Oviedo. Filosofía y Letras*. Año 1946, página 137 y s. s.

(2) *Obras selectas, de Leopoldo Alas, Clarín*. Colección y prólogo de J. A. Cabezas. Biblioteca Nueva. Madrid, 1947.

tende la selección es dar a conocer a *Clarín*, hombre y artista, en ninguna otra parte se halla más viva y más fecunda su personalidad, que en los cuentos y en las novelas.

Al lector que no conozca a *Clarín* le sorprenderá el tono actual de sus narraciones, escritas con una técnica y un lenguaje verdaderamente ejemplares, apenas tocados del retoricismo decimonónico, y cuando lo están, en su forma más noble y perdurable.

De todos los escritores de su tiempo, Alas resulta el más moderno, el más conforme con la sensibilidad de las actuales generaciones. Le ha ocurrido lo que a Stendhal, según advertía Azorín. Escritores incomprendidos en su época, son apreciados en las siguientes.

Y es que ni Stendhal ni Alas escribieron para su siglo, sino que, desbordándole, se anticiparon a los gustos del siguiente, que parecieron intuir. Stendhal creó una gran novela psicológica en un tiempo de transición post-romántica, en que interesaba más la peripecia exterior.

Los años en que escribió *Clarín* son de los que hoy llamamos de encrucijada, por liquidarse en ellos muchas cosas que han de ir siendo sustituidas por otras. La novela naturalista, concebida rígidamente, es decir, zolescamente, fué producto efímero y ya *Clarín*, en el prólogo a *La cuestión palpitante*, de la Pardo Bazán, creía hallarse ante un oportunismo más. Y todo lo que a *ismo* sonase no era de su gusto.

Al naturalismo sucedieron el psicologismo, el decadentismo y otras modalidades literarias, importadas también de Francia, y que Alas registró con la escrupulosidad y la ironía del crítico. Es precisamente ese su carácter irónico, su capacidad de percibir el perfil humorístico de las cosas, lo que aísla a *Clarín* de la cursilería ambiental, convirtiéndole en lo que nosotros hemos denominado «extranjero en su siglo».

No es España tierra de grandes humoristas—entendiendo por tales, aquéllos que cultivan el *humor* y no el chiste—y de hallarse en alguna parte, sería en el Norte. En el siglo XIX existió, ya que no una escuela, sí una modalidad literaria asturiana de la que son figuras principales *Clarín*, Ochoa, Tuero y Palacio Valdés. Sabido es que el humorismo de este último, más parece sajón, dickensiano; que español.

Reproducimos, con referencia a este humorismo asturiano, unas acertadas líneas de Andrés González Blanco:

«Cuando uno avanza hacia el Norte, decía Stendhal, tiene derecho a una nueva novela como a un nuevo paisaje. Este es el sentido único que puede dar-

se a la influencia del clima sobre la literatura, tan decantada por algunos críticos, demasiado fisiólogos.

La lluvia de Asturias se infiltra en el espíritu de modo que forma una segunda capa en la que aparecen las estratificaciones del humorismo y de la sentimentalidad. La lluvia, que es aquí lenta, tenaz y cansada, crea una modalidad de espíritu soñoliento y sentimental. El humorismo espiritualista, mezclado con un lirismo elegíaco que pugna con salir a la superficie y se contiene, es la distintiva del pueblo asturiano. Este espíritu asturiano es más ondulante, más complejo, más incoherente, si queréis, que el espíritu de Castilla, todo de una pieza, donde los hombres son graves, sobrios y firmes, y las mujeres, serenas y castas. Hasta en los saludos se nota una marcada diferencia entre la seriedad castellana y el humorismo asturiano. Dijo no sé quién que los asturianos somos «los andaluces del Norte». Si eliminamos la parte de colorismo y de abigarramiento, de policromía chillona, que hay en el alma andaluza, quizá me quede conforme con las restantes cualidades, sobre todo con esa amargura velada de alegría que resplandece por igual en unos y otros.

La escuela asturiana ha dado como fruto una literatura que es la parte de la literatura española más semejante a la literatura inglesa. Tiene de ésta la espiritualidad contenida, el instinto soñador y, al mismo tiempo, las efusiones del humorismo» (1).

No se crea, por esto, que lo que diferencia a *Clarín* de sus coetáneos es un asturianismo terruñero y limitado. Todo lo contrario: Alas es el escritor menos regional posible y, si alguna vez, utiliza el paisaje y los tipos asturianos en sus cuentos; o la provincia—Oviedo: Vetusta—en sus novelas; lo hace no para exaltar virtudes o vicios locales; ni mucho menos para deleitarse en descripciones coloristas, sino sirviéndose de esos ambientes y personajes—*La Regenta*, *Pipá*, *Manin de Pepa José*, *¡Adios, Corderal*, *El Rana*—como de motivos fundamentalmente humanos, exentos de todo límite temporal o especial, capaz de empuñarse su honda dimensión.

La extranjería literaria de *Clarín* no proviene, por tanto, de un cerrado regionalismo, ni tampoco de un estar ausente de los problemas españoles. Antes bien, el hecho de haber sido estudiado *Clarín* como noventaiochista, demuestra bien claramente, el profundo sentido español de sus obras, escritas en un lenguaje, también puramente español, que Ramón Pérez de Ayala cree modélico para las actuales generaciones literarias.

Lo que diferencia a Alas de sus contemporáneos, es su maravillosa flexibili-

(1) A González Blanco. *Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días*. Madrid, 1909, pág. 508 y s. s.

dad mental, su humana comprensión, su elegante estar de vuelta; condiciones todas poco comunes en una época en que los credos políticos y literarios eran rígidas e impenetrables barreras, que dividían a los hombres.

Contra esta esquemetización, contra este vicio clasificador o disecador, preconiza Alas, a través de su obra toda, una sociedad en que sobre lo intelectualmente doctrinario o ideológico, predomine lo cordial y sencillamente humano.

Clarín, poderoso intelectual, es, a la vez, un magnífico poeta. Y de esa escisión suya, en la que se le quema, rápidamente, la vida, surge su obra, producto refinadamente intelectual, expresado de la manera más sobria y ceñidamente poética.

No puede, por tanto, olvidarse este dualismo de Alas, para valorar debidamente las narraciones—novelas y cuentos—ya que en unas vence el crítico o profesor y en otras el poeta, es decir, el hombre.

Y es en este aspecto, donde advertimos la única quiebra importante de la actual edición de *Obras selectas*, de *Clarín*. Naturalmente, toda selección obedece a un criterio subjetivo y siempre se advertirán huecos en una antología. Por lo tanto, nuestra censura pecará también de personal nacida de la visión de un dualismo clariniano que tal vez no sea tan rotundo y evidente, como lo hemos presentado.

Creemos—y, posiblemente, ésta será otra apreciación peligrosamente subjetiva—que el mejor *Clarín* no es el crítico irónico e intelectual, sino el narrador humanísimo que recoge el vivir sencillo de criaturas humildes—solteronas como *Doña Berta*, oficinistas raídos, como *Avecilla*, pilletes y dolfos, como *Pipá*, *El Rana*, *Chiripa*, aldeanos soñadores, como *Manín de Pepa José*, etc., y que, en ocasiones, crea relatos del más fino lirismo, *El dúo de la tos*.

En la actual edición se recogen, aparte de las dos novelas extensas: *La Regenta* y *Su único hijo*, la mayor parte de las breves: *Doña Berta*, *Cuervo*, *Superchería*, *Pipá*, *Las dos cajas*, etc.

Echamos de menos, entre las narraciones breves, *El dúo de la tos*, que estimamos como de lo más sorprendentemente actual de *Clarín*, ya que en ella se aborda, desde un ángulo nuevo, un tan literario tema como el de la tuberculosis. Es una narración intensa, sin diálogo, con la sola doliente música de las toses enfermas—masculina y femenina—en la noche.

Pocos cuentos aparecen en la antología, de tono religioso, a excepción de *El Señor*, *El sombrero del cura* y el *Doctor Pértinax*—este, burlón e irreverente—cuando alguno como *Cambio de luz*, *Un grabado* o *Un voto* resultan reveladores para comprender la inquietud espiritual de *Clarín*.

Algunos de estos cuentos podrían sustituir a *Un candidato*, *Doble vía*, *El viejo y la niña*, *Medalla de perro chico* y otros más, incluidos en la actual selección, que estimamos poco interesantes, sobre todo, teniendo en cuenta los que en su lugar hubieran podido publicarse.

Cultivó *Clarín* un tipo de cuento que poco tiene de tal y que se reduce, realmente, a la pintura satírica de un tipo, simbolizador de un vicio, de una clase social, de una doctrina ideológica. Estas narraciones se acercan más al artículo de costumbres, y el autor se sirve siempre de una técnica parecida, en la que predomina la ironía del crítico sobre la poética ternura del cuentista.

En la actual edición figuran las siguientes narraciones de esta clase: *Cuervo*, *El hombre de los estrenos*, *Zurita*, *Doctor Sutilis*, *El Doctor Pértinax*, *De la comisión*, *Doctor Angélicus*, *La perfecta casada*, *Medalla... de perro chico* y *Un candidato*. En total, diez. Teniendo en cuenta que las narraciones recogidas son veinticinco, se observa, en seguida, la desproporción.

El *Clarín* cuentista no es, por tanto, el de estos cuadros satíricos, sino el de relatos como *Un viejo verde*, *El Torso*, *La trampa*, *La reina Margarita*, *El entierro de la sardina*, *El Rey Baltasar*, «*Flirtation*» *legítima*, *Benedictino* y otros, rebosantes de humanidad, que hubiéramos querido ver recogidos, en sustitución de algunos de los anotados anteriormente.

Nada diremos, en cambio, del criterio seguido en la elección de los artículos de crítica, ya que los reunidos bastan, probablemente, para que el lector pueda valorar, suficientemente, esa modalidad—la más popular—de *Alas*.

Juan Antonio Cabezas ha puesto, al frente de la selección, un prólogo que no es sino un resumen de su fina y apasionada biografía de *Alas*, ya publicada anteriormente (1).

Desearíamos que la actual edición de *Obras selectas* de *Clarín*, permita al lector moderno conocer y admirar la obra de uno de los «Grandes de España en la literatura del siglo XIX» que ha dicho Ramón Pérez de Ayala.

MARIANO BAQUERO GOYANES

(1) Juan Antonio Cabezas. *Clarín. El provinciano universal*. Vidas españolas e hispano-americanas del siglo XIX. 56. Espasa-Calpe, Madrid, 1936.